

Esa foto

Héctor Serres

IG: @hacheserres

Este cuento fue publicado en la edición en formato papel de Revista Timbó

<https://revistatimbo.com.ar/>

- Mejor acá no -nos dijo el rasta de la barra.

Así que salimos, pero hasta ahí nomás, porque lloviznaba un poco. Nosotros ya nos habíamos quedado sin faso desde La Paz pero el Chino y el cordobés tenían. El Chino -que decía que era boliviano pero era peruano- prendió uno. Germa les preguntó a cuánto estaba su camping y en eso aparece una mariposa blanca del tamaño de una mano abierta: revolotea entre nosotros como en cámara lenta y se apoya en la pared del bar. Todo era más desproporcionado ahí. Ya unas horas antes nos habían impresionado un rompefoco enorme y un saltamontes tan grande que hasta que no lo vi mover una pata no estuve seguro de que fuera real. Me acerqué a la mariposa y le saqué un par de fotos. Era muy blanca y tenía como unas nervaduras marrones finas. No se movía. Entonces alguien dijo de sacarnos una. Germa agarró la cámara, y el cordobés, el Chino y yo nos pusimos abajo del bicho. Todavía no termino de entender qué pasó. Cuando salió el flash, el aire se iluminó: puntos de luz por un segundo flotando enfrente nuestro. Y después se apagó, como un pestañeo lento.

- ¡No! ¡¿Vieron eso?! -gritamos los tres alucinados.

Pero, ahora, de golpe alrededor nuestro había más gente: Germa, el rasta, un tipo que resultó ser el dueño del bar y un coroiqueño. Nos miraban raro.

- ¡Eh! ¿Qué mierda pasa acá, che? -grité. El Chino puteaba sacado. ¿De dónde salieron todos estos?

Germo y los otros se fueron acercando despacio. ¿Están bien?, preguntó el rasta. El Chino no paraba de putear. No entiendo nada, repetía el cordobés. Germa se quedó mirándome.

-¿Qué carajo está pasando, boludo? -le pregunté-, ¿de dónde salieron estos?

-¿Qué?, ¿no te acordás de nada? Hace como media hora que están los tres petrificados ahí, duros. Les saqué la foto y se quedaron como estatuas. Ni se movían. ¡No puede ser que no te acuerdes! ¡Pasó como media hora, mirá!

Y me mostró el reloj. Después prendió la cámara para que viera las fotos que nos había sacado mientras no nos movíamos. En eso llegaron dos policías. Quisimos rajar pero el dueño del bar nos señaló y nos tuvieron como dos horas haciéndonos preguntas por separado. Al pedo. Al final tuvieron que dejarnos ir. Los tres decíamos lo mismo y no habíamos hecho nada. Igual se quedaron con la cámara los hijos de puta. Al otro día nos juntamos los cuatro. Nos fuimos para el Coriwayko, para que no nos vieran por el pueblo. No sabíamos si se había corrido alguna bola, pero mejor no tener a la cana cerca ni llamar la atención. Ninguno entendía qué carajo había pasado. Germa nos contó que ni siquiera pestañábamos. Nosotros no nos acordábamos de nada, solo lo de las gotas iluminadas, pero era lo único. Ninguno de los tres habíamos sentido nada en ese momento. Quedamos en esperar hasta que lloviera de noche para volver al bar.

Pasaron algunos días. Nos comía la ansiedad. Estaba nublado pero no llovía. Al principio recorrimos un poco pero nunca demasiado lejos del pueblo, para que nos diera el tiempo de volver si se largaba. Después, ya no me acuerdo bien. Los días fueron más o menos parecidos: lentos, iguales, sin lluvia. No hacíamos nada. Solo esperábamos.

Por fin un mediodía empezó a gotear. Nos juntamos en el camping del Chino y el cordobés. Fumábamos. Tabaco. Ninguno quería faso, alcohol, nada que nos pudiera arruinar la foto. Pasaban las horas y, aunque el sol cada tanto amagaba entre las nubes, seguía lloviendo. Poco, pero llovía. A las seis ya estábamos cerca del bar. Habremos dado más de veinte vueltas a la velocidad que te dejan la altura y esas calles de tierra y adoquines que suben y bajan

entre el pueblo montaña, hasta que por fin empezó a oscurecer. Llegamos al bar por una calle que daba a la parte de atrás. El Chino le dio su cámara a Germa. Nos apuramos a pararnos contra la pared, tratando de que fuera en el mismo lugar. Pero el cordobés no. Se sentó, dijo que todo eso era una pelotudez y que nos la sacáramos nosotros. De golpe le había agarrado cagazo. Lo puteamos, tratamos de convencerlo, le ofrecimos guita, merca, pero no había caso. No nos quedó otra que sacárnosla sin él. Salió el flash, vimos algunas gotas iluminadas pero no pasó nada. Corrimos hacia la cámara. No había nada raro. Nos volvimos a parar en el mismo lugar. Germa creyó acordarse de algo y nos hizo mover un poco más para la derecha. Volvió a sacar otra y después dos más por las dudas, pero nada.

Entonces los tres miramos al cordobés.

-Dejate de joder, no te va a pasar nada. No seas cagón, loco. Nos estamos mojando al pedo si no.

- No me rompan las pelotas, eh.

- Dale, Córdoba, por favor, te necesitamos. Esto es único, no la dejes pasar. Nos vamos a arrepentir si no probamos.

No contestó pero hizo un gesto. Estaba dudando. El Chino se le acercó, le dijo algo y le palmeó la espalda.

- Bueno, una, pero...

No terminó de decirlo y ya estábamos arrastrándolo hacia la pared. Germa se apuró a sacar algunas: de nuevo cayeron los puntos de luz. Sacó otra, otra y una más hasta que ya no tuvo sentido.

- Ya fue, che.

Apagó la cámara y nos sentamos.

- Tendríamos que buscar a la mariposa –dijo el Chino.

- ¿Eh? Pará, demente. Ya está, ya fue.

- ¿Qué ya fue? ¿Están locos? ¿No era que era único esto? Nos pasó algo totalmente anormal, ¿y ahora ya fue?

- ¡¿Y qué querés que hagamos?! ¿Qué salgamos a cazar mariposas blancas por todo Coroico? Y ponele que encontremos alguna y de alguna puta forma consigamos traerla hasta acá y que se quede en la pared posando como si nada. Si no llega a pasar nada, ¿qué? ¿Nos ponemos a buscar a esa mariposa? ¡Es cualquiera, hermano! Dejame de joder.

El Chino se quedó callado.

- Es una locura, Chino.

- Lo que es una locura es lo que nos pasó.

- Sí, ¿y? Ya está. Probamos y no pasó nada. ¿Qué más podemos hacer?

- Buscar a la mariposa.

- Pero buscala vos, pedazo de boludo. Ya está, ya fue.

Nos quedamos ahí callados. Tenía razón, pero quizás el Chino un poco también. Estuve varios días con la mariposa en la cabeza y más de una vez nos pareció ver otra, aunque terminaban siendo de otros colores o un papel, una bolsita de plástico, cualquier otra cosa blanca. El Chino trataba de convencernos por separado para buscarla. No paraba de romper las pelotas. Estaba demasiado obsesionado. Hasta fue a la comisaría para ver si le devolvían nuestra cámara.

Un par de días después Germo y yo nos fuimos para La Paz. Ya no tenía mucho sentido seguir ahí y se nos acababa la guita. Nos pasamos los teléfonos, por las dudas. El cordobés al otro día también se iba. El Chino dijo que se quedaba.

No lo volvimos a ver.